

ANÁLISIS DE LA OBRA

Esta es comedia que vuelve a entrelazar el tono grave con el ligero. Como ya ocurría en composiciones anteriores, ello se produce sin que se alcance a ver qué finalidad se persigue con esa mezcla; porque la línea de intriga o las situaciones tratadas en clave seria se desarticulan con las cómicas, y estas no se desenvuelven con efecto, lastradas por aquellas.

En la estela del teatro áureo, un necio o “lindo”, que ejerce de mujeriego ficticio, trama una farsa en la que ha de parecer que tres mujeres, inexistentes, le adoran a un tiempo, para dar envidia a su amigo y elevar su reputación. La mínima complicación en la intriga proviene de que el amigo (o lo que alcance a ser) que padece la burla reacciona e inventa y da cuerpo a los tres maridos, que piden satisfacción al necio.

De tono serio son las consideraciones que muestran la verdadera valoración que un personaje hace de otro (“es tan fatuo.”, “serán [sus versos] insulsos y flojos/ como todos los que escribe”, “¿Hay mueble más indigesto?”), (“No le hay más tonto en Europa”); también lo son algunos enfrentamientos (“*Ramón*. Narciso, ya tu modestia/afectada me fastidia. // *Narciso*. Ramón, tu mordacidad/ a todo aplica su salsa./ Si niego modestia falsa;/ si confieso, vanidad.”); y quiere serlo el final: con enfado que llevaría a duelo, si antes no lo detuviera una amenaza, la de la burla social, de las más terribles en la sociedad burguesa; no obstante, se rebaja la agresividad del enfrentamiento, se acuerda cena, y el castigado promete enmienda y no escota para el gasto.

Los tres ramilletes es una obra en que la mujer es protagonista referida; no aparece dama alguna en escena, y, sin embargo, la figura femenina, objeto de amores, juega en la trama papel esencial: forjadas por la petulancia masculina, cobran forma en el

discurso de una florista y originan el enfrentamiento; incluso, siendo ficción –y de ahí la originalidad de esta comedia– son excusa para la aparición de los maridos de broma.

El único personaje femenino que aparece en escena es la florista, que cuenta como instrumento de la intriga (primero refiere las historias inventadas por Narciso, el necio, y después ayuda a la broma de Ramón), y como objeto en la escena de seducción que intenta el lechuguino, que también quiere ser serio, pero que se pierde en amagos y en intercambios de ingeniosidades más que verdadero asalto de tinte erótico o sexual.

Dicho lo anterior, lo más llamativo de esta comedia en cuanto al tono serio es la ausencia de personaje positivo, de aquel que en el resto de obras es dibujado por el autor con alguna característica que busca la empatía del espectador y su pronta identificación con él. Desempeñan la obra tres personajes principales (un fatuo, un falso amigo y falso seductor y una florista) y tres de relleno (los falsos maridos: el capitán, el boticario y un *quídam*). De entre los principales el único que ha merecido un retrato descriptivo, irónico, por parte del autor es el fatuo, “el coquito de las damas”. Los demás se difuminan sin perfilar unos rasgos firmes –cuánto menos atractivos–. Los tres maridos lo son de broma y sus características son las de tipos: militar feroz, boticario envenenador y *quídam*, un nadie.

La intriga se estructura en dos líneas (ficción de las mujeres-creación de los maridos), la segunda decididamente en clave cómica (salpicada de apartes del tipo “[*No puedo tener la risa*] [*sueltan la carcajada*]”). Las nueve primeras escenas desarrollan la primera línea; siguen dos escenas de transición (X y XI), y un monólogo reflexivo (XII) da paso a la segunda línea, como casi siempre por la intervención “ingeniosa de un personaje: “¡Ah, magnífica / es la [ideal] que me ocurre!” El nudo que enlaza las dos fases de la acción se hace explícito en otro monólogo, en la escena XIV. Por lo demás, el resto de la obra, hasta el desenlace lo ocupa el desfile de los tres tipos mencionados.

TEXT O

LOS TRES RAMILLETES

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro Español
el día 13 de marzo de 1850 (*).

PERSONAJES

JUANA.	EL CAPITÁN.
D. NARCISO.	EL BOTICARIO.
D. RAMÓN.	UN QUÍDAM ¹ .
PASCUAL.	

La escena es en Madrid. Sala con dos puertas a la derecha del actor: la más inmediata al proscenio es la que da a la antesala. A la izquierda un balcón. en el foro mesa con recado de escribir, libros, periódicos, etc. En medio del tablado un velador con el servicio necesario para un almuerzo.

(*) Ocupa este lugar porque se escribió antes que la siguiente, aunque se representó después.

1. **Quídam.** El propio personaje se define como 'una entidad'. En *DRAE* es 'Sujeto despreciable y de poco valer, cuyo nombre se ignora o se quiere omitir'; Bretón gusta de esta voz y la emplea con frecuencia (vid. v.g. *Marcela* o *Frenología y magnetismo*).

ESCENA I.

D. RAMÓN. PASCUAL.

[Pascual introduce a D. Ramón, y enseguida acaba de arreglar el velador.]

Ramón. ¡Tan temprano, y no está en casa!

Pascual. No, señor. Cierta negocio muy urgente... Me ha encargado decir a usted que muy pronto volverá; que disimule...

Ramón. ¿Así abusa de mi estómago?
¡Me cita para almorzar,
y se larga!... Oyes; supongo que ya está listo el almuerzo.

Pascual. Sí, señor.

Ramón. Pues juro y voto que si pasan diez minutos y no vuelve, almuerzo solo y le doy capote.— Apuesto a que es asunto amoroso el que le ocupa.

Pascual. No sé.

Le trajeron hace poco un billete perfumado...

Ramón. ¿No lo digo? Es el demonio el tal Narciso.

Pascual. La letra del sobre, o yo me equivoco, o era de mujer.

Ramón. Sin duda.

- Pascual.* Y estampada en lacre rojo
vi también una corona
sobre un escudo y un rótulo...
- Ramón.* ¡Pues! (Será alguna marquesa
que ya pasó del otoño.)
- Pascual.* Si usted me da su permiso
voy... Ahí tiene usted periódicos.
- Ramón.* Anda con Dios.

ESCENA II.

D. RAMÓN.

[Acercándose a la mesa.]

Es tan fatuo,
que vendrá dándose tono
con su conquista... ¡Hola! versos...

[Tomando de la mesa un papel.]

Serán insulsos y flojos
como todos los que escribe.

[Leyendo.]

“Madrigal”- Lo leeré: es corto.

“Rosa, Jacinta y Violante-
¡delicioso cautiverio!
se dividen el imperio
de mi corazón amante.

Sobran dos;
que en esfera tan sucinta
¿cómo han de caber, ¡ay Dios!
Violante, Rosa y Jacinta?

Si a una quiero, dos me increpan.
Templa su llama amorosa,
o dame, ciprina Diosa,
un corazón donde quepan
Jacinta, Violante y Rosa.”—

¡Pobre mozo si las tres
se abalanzan como lobos
a su corazón! El diantre
son los alumnos de Apolo.
Esto me hace recordar
aquellos versos famosos
que el bueno del padre *Isla*
puso en su Compendio histórico.
Trozos son de los padres, o pedazos,
los hijos, cuando no son embarazos,
y a su reino Fernando con destrozos
por tres pedazos suyos le hizo trozos.

[*Suena dentro una campanilla.*]

Rosa, Jacinta y Violante...
El madrigal es curioso.

ESCENA III.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Narciso. [Antes de entrar.]
Sírvenos pronto, Pascual.
Ramón. Ya está aquí.
[Deja el madrigal sobre la mesa y sale al
encuentro de D. Narciso.]
Narciso. ¡Ramón!
Ramón. ¡Narciso!
Narciso. Perdóname; un compromiso
inesperado, casual...
Ramón. ¡Cruel, a almorzar me llamas
y solo entre Baco y Ceres
me abandonas!
Narciso. ¡Ah!...
Ramón. Como eres
el coquito de las damas....

Narciso. ¿Yo? No digas eso. ¡Ba!...
Ramón. Niega que vienes de ver
a alguna linda mujer.
Narciso. Mujer,... ¡pche!... Linda..., quizá.

ESCENA IV.

D. NARCISO. D. RAMÓN. PASCUAL.

*[Pascual entra y principia a servir el almuerzo, asistiendo una
veces a la mesa y otras entrando y saliendo con platos, etc.]*

Ramón. ¡Taimado!... (¡Simple!)
Narciso. ¡Ay Ramón!
Sentémonos...
Ramón. ¡Buena pieza!
Narciso. Ya que me haces la fineza
de aceptar mi colación.
[Se sientan y principian a servirse.]
Ramón. No merecía un desprecio
la bella que hoy entra en turno.
Señora de alto coturno...
Narciso. *[Como sobresaltado.]*
¡Ah! ¿Te lo ha dicho ese necio?
Ramón. No ha nombrado a la persona.
Narciso. ¡Respiro!
Pascual. (No sé quién es.)
Narciso. Me habló de una carta..., pues,
y de un sello con corona.
Ramón. ¡Hum!
Pascual. Lo dije sin malicia...
Ramón. Cierto: yo le he sonsacado...
Pascual es un fiel criado:
hagámosle esta justicia.
Narciso. *[Bajando la voz.]*
Pues bien, sí, cierta señora
de jerarquía muy alta...

[A Pascual y este se retira.]

Ahora no nos haces falta.—

Delira por mí; me adora.

Ramón. ¡Bravo, amigo! Eres el hombre
de la dicha. Una marquesa
sin duda...

Narciso. Algo más: ¡duquesa!

Ramón. ¡Oh!... ¿Y no me dirás su nombre?

Narciso. Es casada, y fiel amante
no debo arriesgar su fama.

Ramón. Pues yo apuesto a que se llama
Rosa, Jacinta, o Violante.

Narciso. ¿Leíste mi madrigal,
según eso? Una bicoca...

Ramón. Lo leí para hacer boca.

Narciso. ¿Qué te parece?

Ramón. Tal cual...

¿He acertado? ¿Cuál es

la de la cita amorosa?

¿Violante, Jacinta o Rosa?

Narciso. No; ninguna de las tres.

Ramón. Pues por mi cuenta son ya
cuatro las damas que tienes.

Narciso. ¡Bah!...

Ramón. Te doy mil parabienes.

No tiene más un bajá.

Narciso. No. Yo hago la corte a varias,

mas con fortuna distinta.

Violante, Rosa y Jacinta

pueden ser imaginarias.

La mente a veces engendra

un ser ideal. Después

el vate lo llama Inés,

Beatriz, o Melisendra.

¿Quién puede con tanto lastre?

Ahora estoy de moda, sí,
y basta vestirme a mí
para hacer fortuna un sastre.

[*Acariciándose la cara.*]

Tengo un regular anverso,
no me falta don de gentes
y hago frases elocuentes
así en prosa como en verso.
Tal vez con mis ojos causo
dulce y grata sensación
en más de una reunión
que me acoge con aplauso.
Más de una linda coqueta
a mis rivales da celos
flechándome los gemelos
cuando asisto a la luneta.
Por algo, sin que te asombres
de triunfos que no me engríen,
las mujeres me sonríen
y me detestan los hombres.
En fin, quizá, con espanto
de maridos y tutores,
soy venturoso en amores...
pero no tanto, ¡oh!... no tanto.

Ramón. (¿Hay mueble más indigesto?)

Tú te rebajas...

Narciso. No, a fe,
yo...

Ramón. El mérito siempre fue
cuanto mayor más modesto.

[*Suena la campanilla.*]

¿Conque damas... de capricho
son las tres del madrigal?

Narciso. ¡Fuerte empeño de...! Sí tal.

Ramón. Sé franco.

- Narciso.* [En tono de quien va a revelar un secreto y se reprime.]
Em... Lo dicho dicho.
- Pascual.* [Entrando.]
Ahí en la antesala espera
una moza...
- Ramón.* ¿Otra en la red?
- Narciso.* ¿Quién...?
- Pascual.* Pregunta por usted:
es una ramilletera.
- Ramón.* ¿También tú gastas amores
con mozuelas de esa laya?
- Narciso.* ¿Yo? ¡Bah! Dile que se vaya.
yo no necesito flores.
- Ramón.* ¿Es guapa?
- Pascual.* Sí, y con salero.
- Ramón.* ¿Por qué despedirla así?
- Narciso.* ¿Qué tiene que hacer aquí...?
- Ramón.* Verla no cuesta dinero.
Tampoco yo tengo afán
por flores, mas me pudiera
gustar la ramilletera.
Dile que entre.
[Pascual hace ademán de llamar desde la puerta.]
- Narciso.* ¡Oh! ¿qué dirán!

ESCENA V.

D. NARCISO. D. RAMÓN. JUANA.

- Ramón.* [Viendo asomar a Juana.]
¡Hola! no es de mal trapío.
- Juana.* Alabado sea Dios.
- Ramón.* Que cría tan buenas mozas.
Acércate. Es como un sol.
- Juana.* ¡Vaya!... Aunque ustedes perdonen,

señores. ¿quién de los dos
es el señor don Narciso
Amorós?

Ramón. Este.
Narciso. [Con gravedad.] Yo soy.

¿Qué hay?

Juana. Vengo con un recado
para usted; pero... el señor...
No sé si debo...

Ramón. ¡Oiga! ¿estorbo?

Juana. Quizá...

Ramón. ¿Sí? Pues no me voy.
Narciso. Te juro que no la he visto
en mi vida.

Ramón. Auto en favor.
Puesto que ese predio rústico
no es de tu jurisdicción,
y sólo te comunicas
con las personas de pro,
deja algo para los pobres.

Juana. Escuche usted: yo no estoy
tan de sobra en este mundo...

Ramón. Sí, ya tendrás tu gachón.
Juana. Y muchito que lo tengo,
pero como manda Dios;
que aquí donde usted me ve
tengo calía y honor.

Ramón. ¿Quién lo duda? Pero es lástima...
Narciso. [En voz baja.]
No gastes conversación
con ella.

Ramón. Sí tal; es chusca.
Narciso. Te va a plantar una coz.
Ramón. Siéntate y almorzarás
con nosotros.

- Narciso.* [En voz baja.] ¡Hum!... ¡qué horror!...
- Juana.* Gracias. Para mí ya es tarde.
Ya hay tres horas de reló
que hice yo esa diligencia.
- Ramón.* Será tu novio peón
de albañil, picapedrero,
o sastre a lo sumo...
- Juana.* No,
que es carpintero de oficio.
- Ramón.* Siempre es oficio ramplón...
- Juana.* No, señor, sino muy noble;
que en Belén lo practicó
el esposo de la madre
del Divino Redentor.
- Ramón.* ¡Qué donaire!— Sin embargo,
no merece en mi opinión
tal tesoro...
- Juana.* Usted ¿qué sabe?
- Ramón.* Será grosero y atroz
un marido acostumbrado
al escoplo y al formón.
- Juana.* Será lo que usted quisiere,
pero así le quiero yo.
- Ramón.* ¡Bien se sacude!
- Narciso.* [Con displicencia.] ¡Oh!...
- Ramón.* No obstante,
con un poco de ambición
tú podrías aspirar
a alguna cosa mejor.
- Juana.* ¡Bah, bah! todo eso es palique.
- Ramón.* Si quieres, corre desde hoy
tu fortuna por mi cuenta.
- Juana.* Dice el refrán español:
cada oveja...

- Ramón.* Entre virutas
¿se ha de ajar tan linda flor?
- Juana.* ¡Dale! Cuidados ajenos...
decebra.
- Narciso.* Tiene razón.
- Juana.* [A *D. Narciso.*]
¿Recibe usted la embajada
o me marchó y no la doy?
- Narciso.* Sí, acaba.
- Juana.* Estando en mi puesto,
que lo tengo en un rincón
de lo que fue *Soleá*
y ahora es la calle de Espoz,
se llegó a mí una señora,
blanca como un requesón,
rubia como unas candelas
y linda que es un primor;
escogió este ramillete
[*Saca uno de rosas que ocultaba con el delantal.*]
y soltó un napoleón,
y dándome bien las señas
dijo con cierto rubor:
llévaselo de mi parte
a don Narciso Amorós.
[*Don Narciso toma el ramillete.*]
- Ramón.* ¡Otra conquista!
- Narciso.* No atino...
- Ramón.* Ni Pizarro ni Colón...
- Juana.* Se iba ya sin decir más,
pero yo, alzando la voz,
¿de parte de quién? le dije,
y entonces me respondió:
sólo con ver ese ramo
le dirá su discreción
el nombre de quien lo envía.

Ramón. ¡Rosa!
Narciso. ¿Es posible!... Yo estoy
absorto.

Juana. Y pues queda ya
cumplida mi comisión,
con su licencia de ustedes;
buen provechito y adiós.

ESCENA VI.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Narciso. Aventura más extraña...

Ramón. ¡No reprimas tu placer!

Narciso. [Llamando.]

¡Pascual!

Ramón. Triunfa y goza.

Narciso. [A Pascual que entra.] A ver

si nos sirves el champaña.

[Pascual destapa una botella, llena las copas y
se retira.]

Ramón. ¿Luego ya no es ideal,
sino cierta tu fortuna...,
al menos en cuanto a una
de las tres del madrigal?

Narciso. Casualidad... Yo...

Ramón. ¡Mal bicho!...

¿A qué viene esa pamema?

Este ramo es un emblema:

la portadora lo ha dicho.

Rositas de Alejandría,

y aquello de ...

Narciso. ¡Qué aprensión!

Ramón. "Le dirá su discreción
el nombre de quien lo envía..."

Narciso. Aunque eso me compromete,
yo...

Ramón. ¡Vaya!...

Narciso. ¡Es terrible cosa!
Puede ser una mi Rosa
y otra la del ramillete.

Ramón. Narciso, ya tu modestia
afectada me fastidia.
¿Temes excitar mi envidia,
o me tienes por un bestia?

Narciso. Modestia...

Ramón. ¡Sí, vive Dios!

Narciso. Afectada...

Ramón. Empalagosa,
pues negándome una Rosa
te regodeas con dos.

Narciso. Ramón, tu mordacidad
a todo aplica su salsa.
Si niego, modestia falsa;
si confieso, vanidad.
Tenga yo un amor o varios,
ponga el rostro alegre o serio,
en todo encuentras misterio,
de todo haces comentarios.
Veo tu intención proterva
de sonsacar mis secretos,
pero es de amantes discretos
guardar prudente reserva.
Otro sus altos trofeos
de Lauras, Nises o Julias
ostenten en las tertulias,
decanten en los paseos.
Yo no daré en esa gracia,
que me parece muy triste.
Mi amor siempre se reviste
de un poco de diplomacia.
Entre pues o no esa bella

en mi amante repertorio,
basta de interrogatorio
y apuremos la botella.

[*Llena las copas.*]

Ramón. ¿Y a quién brindaré esta copa?
¿A tu preclara duquesa?...

Narciso. ¡Pchel...

Ramón. ¿A la Rosita...?

Narciso. Sí, a esa.

Ramón. (No le hay más tonto en Europa.)

[*Suena la campanilla.*]

Brindo pues con fe sincera
por tu Rosa.

Narciso. Y yo por ti.

[*Viendo entrar a Pascual.*]

¿Qué hay?

ESCENA VII.

D. NARCISO. D. RAMÓN. PASCUAL.

Pascual. Otra vez está aquí

Juana la ramilletera.

Ramón. ¿Otro ramillete?

Narciso. ¡Eh! no.

Ramón. Dile que entre.

[*Vase Pascual.*]

Narciso. ¡Oh! me molesta...

Ramón. ¿Si vendrá por la respuesta
del recado que te dio?

ESCENA VIII.

D. NARCISO. D. RAMÓN. JUANA.

Juana. Ya me tiene usted de vuelta,
caballerito galante.

Ramón. ¿Hablas conmigo, alma mía?

Juana. No; con el otro. Es el diantre
este señor don Narciso.

Narciso. ¿Cómo!...

Juana. Hoy reza el almanaque
que sus queridas me tengan
todo el día haciendo viajes.

Ramón. ¿Qué escucho!...

Juana. Tanto mejor
si es causa de que yo gane
un peso por cada ramo,
que en ley de verdá no vale
cuatro cuartos.

Ramón. ¿A ver...?

Juana. ¡Quieto!;

que es preciso decir antes
mi relación. Pues, señor,
no había llegado casi
al puesto cuando una moza
que se cubría el semblante
con el velo, pero guapa
si es la cara como el talle,
me dijo con una voz
que sonaba a cosa de ángel:
toma este duro, muchacha,
si con él te doy bastante
por un ramo de violetas,

*[Lo saca de debajo del delantal y lo entrega
a D. Narciso.]*

y llévalo de mi parte
a don Narciso Amorós;
¿entiendes? Vive en la calle...
Ya sé, ya sé, respondí,
y acordándome del lance

pasado no pregunté
el nombre de la comadre;
mas como comercio en flores
entiendo ya su lenguaje,
y dije para mi sayo:
¿violetas le envía? ¡Zape!
O yo no entiendo el intríngulis,
o ella se llama *Violante*.

ESCENA IX.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Ramón. ¡Narciso!
Narciso. ¡Ay, Ramón!
Ramón. ¡Narciso!...
Esto ya pica en historia.
Narciso. ¡Ay!...
Ramón. [*Llenando las copas.*]
Brindemos a tu gloria;
¿eh?
Narciso. Vaya, será preciso.
[*Beben.*]
Ramón. ¿Dirás también que es casual
esta otra aventura?
Narciso. ¡Oh Dios!...
Ramón. Ya están en campaña dos
de las tres del madrigal.
O pruébame en dos palabras
que, segundo Pigmalión,
sabes dar animación
a las figuras que labras,
o confiésame...
Narciso. [*Levantándose y también D. Ramón.*]
Sí, amigo;

- en el garlito² me coges
y ya es fuerza... ¡No te enojés!...
Voy a ser franco contigo.
- Ramón.* ¡Vaya en gracia!
- Narciso.* *In vino veritas,*
dice el refrán.— Sí, confieso
que son de carne y de hueso
mis tres ninfas beneméritas.
Tan bellas amor las pinta,
que no es mucho que me encuentre
confuso y perplejo, ¡ay! entre
Violante, Rosa y Jacinta.
Mi Rosa es rosa de veras;
fresca, rubia, vivaracha...
¡Qué encantadora muchacha!...
¡Y diez y ocho primaveras!
- Ramón.* (¡Trasto!...) ¡Bien, amigo! ¡Albricias!
- Narciso.* Mas, ¡ay! un marido atroz,
natural de Badajoz,
me usurpa, ¡oh Dios! sus caricias.
- Ramón.* Lo manda así el catecismo...
- Narciso.* Pero es cosa que horripila...
- Ramón.* Pues.
- Narciso.* Y eso ya no se estila.
- Ramón.* Ya; en parte...
- Narciso.* Es mucho egoísmo.
- Ramón.* ¿Y cómo se llama ese hombre?
- Narciso.* Don León Fuenterrabía,
capitán de artillería,
tan fiero como su nombre.—

2. **Coger en el garlito.** (*garlito*.— ‘Celada’) ‘Sorprender a alguien en una acción que quería hacer ocultamente’ (*DRAE*, fig. y fam.); también en *Una de tantas*, *Los solitarios* y *Aviso a las coquetas*.

Menos niña la Violante,
pues ya cumplió veinte y cuatro,
tiene un brío que idolatro
y una gracia exorbitante.
Es morena, ojos de fuego...
muy gitana... Es de Jaén.
Ramón. ¿También casada?
Narciso. ¡Ay! también.
Yo soy partícipe lego.
Ramón. También será el propietario
algún indomable potro...
Narciso. ¡Oh! es más temible que el otro.
[*Suena la campanilla.*]
Ramón. ¿Más temible?
Narciso. ¡Es boticario!—
Jacinta, y lleno el guarismo...

ESCENA X.

D. NARCISO. D. RAMÓN. PASCUAL.

Pascual. El señor Celedonio...
Narciso. ¡Ah!...
Ramón. ¿Qué hombre es ese?
Narciso. El demonio;—
mi casero, que es lo mismo.—
Di que no estoy.
Pascual. Es en balde.
Le oye a usted...
Narciso. ¡Hombre silvestre!
Ramón. ¿Le debes mucho?
Narciso. Un semestre.
No se irá sin que lo salde.
Ramón. Quizá se avenga el casero
a cobrar en madrigales.

Narciso. ¡Ba! él no daría seis reales
por todo el Parnaso entero.
Y si no aflojo el bolsillo
me va a poner en un brete...
[*A Pascual, mostrando la puerta más próxima al foro.*]
Que entre en aquel gabinete
por la puerta del pasillo.

ESCENA XI.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Narciso. Ese venenoso escuerzo
no se apiadará de mí
si ve los restos allí
de nuestro suntuoso almuerzo.—
Yo siento dejarte solo...

Ramón. Por mí...

Narciso. ¡Oh suerte cejijunta!
¡siempre a la cuarta pregunta
los pobres hijos de Apolo!
[*Entra en el gabinete y cierra la puerta.*]

ESCENA XII.

D. RAMÓN.

Lleve por Dios su penuria
ya que es feliz en amores.
A bien que si está en efecto
en estrechas relaciones
con una duquesa, puede
que ella le saque de pobre.—
Mas las otras... ¿Es posible
que tantos triunfos coronen
sus sienes...? ¡Eh! ¿por qué no?
Es bien parecido, joven,

sabe bailar la *redova*³,
se perfuma los bigotes,
sabe descifrar un *rebus*,
y en los versos que compone
con retruécanos deslumbra
a los talentos mediocres.
Mujeres superficiales
hay de sobra en esta corte
que se paguen... Sin embargo,
esos dos ramos de flores
que han venido tan a tiempo
a ser estribillo o mote
del madrigal; recibir
dos finezas tan acordes
de dos mujeres distintas,
y no ser Lauras ni Cloris,
sino Rosas y Violantes;
vaciar en el mismo molde
sus ideas amatorias
todas las damas de ese hombre...
No es natural, no es posible.

[*Suena la campanilla.*]

ESCENA XIII.

D. RAMÓN. JUANA.

Juana. [Con un ramillete en la mano.]

Deo gracias.

Ramón. ¡Ah, estás aquí!

(Se confirman mis temores.)

3. *Redova*. 'Danza popular checa o polaca, de compás ternario y movimiento bastante rápido, aunque menos viva que la mazurca'. Es voz que llega al español a través del francés *redowa*, que la toma del checo *rejdovák*, derivado de *rejdovati* 'dar vueltas'. (*Diccionario crítico etimológico*, op. cit.).

- Juana.* Don Narciso...
- Ramón.* Está ocupado.
- Juana.* Le traigo...
- Ramón.* Sí. (Este es el golpe de gracia.) El tercer ramito... ¡Bravo!
- Juana.* Es de jacintos dobles. Se lo envía una señora...
- Ramón.* No hay que preguntar su nombre: Jacinta.
- Juana.* Es claro. Además, al decirme a quién y adónde debía llevar el ramo me dijo la dama noble...
- Ramón.* ¿Qué?
- Juana.* Le dirás que te envía la tocaya de estas flores.
- Ramón.* Sí; ya Narciso esperaba...
- Juana.* ¿Cómo!... Pues...
- Ramón.* No te sonrojes. Somos íntimos amigos... Ya lo has visto; y tan conformes en ideas... (¡Ah, magnífica es la que me ocurre!) Oyes; ¿querrás hacerme un recado [Dándole un doblón.] mediante...?
- Juana.* [Tomándolo.] Con mil amores.
- Ramón.* Bien.
[Va a la mesa que está junto al lienzo del foro, se sienta y escribe.]
- Juana.* Todo lo que no sea hacer a mi amado Jorge alguna mala partida...

- Ramón.* Pronto acabo estos renglones.
Espera. (Están a dos pasos
de aquí. Son emprendedores
y de chispa...)
[*Sigue escribiendo.*]
- Juana.* (¿Qué estará
maquinando allí...?)
- Ramón.* (Los nombres.—
Esto es esencial.
[*Mirando a la puerta del gabinete.*]
Dios quiera
que no salga y se malogre
mi designio.)
[*Sigue escribiendo.*]
- Juana.* [Recreándose con la moneda.]
¡Cuatro duros!
Hoy sí que saco el escote.
- Ramón.* Por si acaso...
[*Llamando a Juana.*]
¡Chit!...
[*Juana se acerca.*]
Si sientes
mover aquel picaporte,
salte afuera de puntillas...
- Juana.* Bien está.
[*Se retira otra vez y D. Ramón continúa
escribiendo.*]
(Son el demontre
los lechuguinos. Los dos
andan, o yo soy muy torpe,
tras de engañarse uno a otro;
pero a mí ¿qué?... *Ora pro nobis.*)
- Ramón.* [Levantándose con la carta que acaba de cerrar.]
Lleva esta carta volando.
Las señas van en el sobre.

Juana. ¡Toma! ¡Si no sé de letras!
Ramón. A don Casimiro Gómez...
Juana. Bien.
Ramón. Vive a la vuelta: calle
de la Cruz, número doce,
cuarto bajo.
Juana. ¿Y el ramito?
Ramón. Venga.
Juana. [Yendo a dárselo.]
Ya han pagado el porte...
Ramón. [Como variando de pensamiento.]
No. Vuelve luego con él;
pero hasta que yo me asome
al balcón con un pañuelo
en la mano, estáte inmóvil
en la calle.
Juana. Así lo haré.
Y ¿qué más?...
Ramón. Nada.
Juana. Abur.
Ramón. Corre.

ESCENA XIV.

D. RAMÓN.

¡Hola, el supuesto, el presunto
*Lovelace*⁴ de Castilla,
que forja damas por junto
sin tener ni una en la villa!—

4. *Lovelace*. La referencia última de este personaje es la novela de Richardson, *Clarissa Harlowe*. En francés, ya en el XIX, tiene el significado de seductor o don Juan, y muy posiblemente Bretón esté refiriéndose a algunas de las obras teatrales francesas que tomaron a este personaje como protagonista. Bretón también emplea esta referencia en *Una ensalada de pollos*.

¡Y convidarme exprofeso
para burlarse de mí!
Como al ratón con el queso
quería atraparme así.—
Y hubo un momento a fe mía
en que me dejó confuso;
¡con tal perfección hacía
el papel que se propuso!
¡Qué ufano estará el pobre hombre
con su fina diplomacia!
Pues, por vida de mi nombre,
no lo ha de contar por gracia.
Veremos cómo sostiene
el imprevisto chubasco
que... Siento pasos. Ya viene.
Sonado va a ser el chasco.

ESCENA XV.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Narciso. ¡Hombre inexorable, impío!
Ramón. En verdad que ha estado posma.
Pero tú habras empleado
las galas de la oratoria
para persuadirle...
Narciso. ¡Inútil
empeño! Ni las lisonjas
ni las súplicas le rinden.
Ramón. ¿Conque no hay misericordia?
Narciso. Para hombres tan aritméticos
no se inventó la retórica.
Ramón. ¡Caseros!... Es la invención
más absurda... ¡Fuerte cosa...!
Narciso. ¿Por qué no hemos de tener
todos nuestra casa propia...?

Ramón. Ciertó. ¿Y qué exige ese monstruo?

Narciso. Armado de un auto en forma
para embargarme los muebles
si no aflojaba la bolsa,
fuerza ha sido transigir;
y dicha ha sido y no poca
para mí que haya aceptado
a buena cuenta dos onzas.
¿Qué iba a ser de mí, Dios mío,
si no desarmo su cólera?

Ramón. Comprendo. Un hombre abrumado
de conquistas amoratorias
tendrá citas en su casa...

Narciso. ¡Figúrate tú!... Me agobian.
Si aquel tigre me dejase
sin butacas, sin alfombra,
sin...

Ramón. ¡Terrible compromiso!

Narciso. Y hoy que espero dos neófitas...

Ramón. ¿De veras?

Narciso. Sí, las dos niñas
de los ramilletes.

Ramón. ¡Oiga!

Narciso. Me acaba de remitir
un billete cada prójima...
La una vendrá a las cuatro
y al anochecer la otra.

Ramón. Pues si aciertan a venir
las dos a una misma hora...

Narciso. ¡Fuerte conflicto sería!
Solo entre Jacinta y Rosa..

Ramón. ¿Eh? No. Entre Rosa y Violante
dirás.

Narciso. ¿Quién no se equivoca
con tantas como uno lleva
al retortero...

Ramón. La hermosa
Jacinta no ha dado aún
señal de vida.

Narciso. No importa.
¡Ya veras tú lo que tarda!
Me lo anuncia una zozobra
interior...

Ramón. ¡Eh! no te apures.
Si dos, o las tres, te acosan
a un tiempo, cuenta conmigo...
[*Suena la campanilla.*]

Narciso. ¿Qué te decía yo ahora?
La campanilla ha sonado.
Apuesto cualquiera cosa...

ESCENA XVI.

D. NARCISO. D. RAMÓN. PASCUAL.

Pascual. Don León Fuenterrabía...

Narciso. ¿Cómo!...

Ramón. ¿El capitán? ¡Zambomba!

Narciso. ¡El capitán...!

ESCENA XVII.

D. NARCISO. D. RAMÓN. EL CAPITAN.

Capitán. Servidor.

Ramón. [A D. Narciso en voz baja.]
Pues no gasta en ceremonias.

Capitán. [A D. Narciso.]
Se sorprende usted de verme;
¿eh? ¡Por vida de mil bombas!...

Narciso. Caballero... Yo... (¿Qué es esto?)

Capitán. No siempre rueda la bola
a gusto del individuo.
Soñaba usted con la gloria,

y se halla con el infierno.

¡Voto a...!

Narciso. (Pesada es la broma.)

Capitán. No era el esperado yo,
sino otra linda persona;
¿eh? ¡Sangre! ¡fuego! ¡exterminio!
¿No sabe usted que las rosas
tienen espinas?

Narciso. Yo ignoro...

Capitán. ¡Por el alma de Mahoma!...
¿Ahora se hace usted el sueco?
¿Se juega así con la honra?
¡Aleve! ¡Haber seducido
a aquella casta paloma...

Narciso. Si yo... (¿Qué diré? ¿qué haré?)

Capitán. ¡Brrum!..

Ramón. (La risa me rotoza.)

Capitán. No la mato, porque es débil,
pero la tendré a la sombra
mucho tiempo.— En cuanto a usted,
señor mío, si blasona
de ser tan fuerte en la lid
como diestro en hacer coplas,
ya sabe usted de qué modo
terminan estas historias
entre caballeros.

Narciso. Yo...

(¿Por qué me armará camorra
este hombre?... O se está burlando
de mí, o a tontas y a locas...)

Ramón. (Capaz será de llevar
adelante la tramoya
por vanidad.)

Narciso. (¡No! antes mártir
que confesor.)

Capitán. ¡Hola, hola!
¿Cavila usted? ¿Hay... medrana?
Narciso. No tal: a mí no me asombran
los fanfarrones.
Capitán. Pues bien,
hora, armas, sitio... ¡Ponzoña!...
Narciso. Dentro de veinte minutos;
Canal abajo; pistola.
Capitán. ¿Padrino?
Ramón. Yo.
Capitán. Con el mío
iré a la puerta de Atocha.
Narciso. Convenido.
Capitán. ¡Ira de Dios!...
He de beber gota a gota,
inicuo rival...
Narciso. Veremos...
Capitán. (Dos botellas de Borgoña.)

ESCENA XVIII.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Narciso. ¡Qué fatalidad la mía!
La Rosa que me solaza,
¡ay! no viene, y la reemplaza...
Ramón. ¡Don León Fuenterrabía!
Narciso. Ya no dudarás, oh amigo...
Ramón. ¿Cómo dudar si te abona
todo un marido...?
Narciso. ¡En persona!
Ramón. ¿Quién desmiente a ese testigo?
Pero ¡batírtel!...
Narciso. ¡Es tan bella!...
Si de un balazo le tumbo,
tanto mejor; si sucumbo,
¡qué dicha morir por ella!

Ramón. ¿Dicha llamas tú...?
[Suena la campanilla.]

Narciso. Sin duda.

Ramón. (Es incorregible.) El paso es tremendo.— En todo caso mejor es dejarla viuda.

ESCENA XIX.

D. NARCISO. D. RAMÓN. EL BOTICARIO.

Pascual. [Dentro.]
Deje usted...

Boticario. ¡Quite el cernícalo!
[*Entrando.*]

Salud... ¡Una mesa opípara!...
¿Celebra usted, hombre pérfido,
el oprobio de su víctima?

Narciso. ¿Quién se cuele con tal ímpetu
en mi casa...?

Boticario. ¡Oh suerte mísera!
No me conoces, adúltero,
porque en mi ausencia una pícara
consorte te hizo mi apéndice
con ciega pasión ilícita,
¿Quién me hubiera dicho, ¡oh númenes!
mientras por Yepes y Ontígola
andaba yo tan solícito
buscando yerbas febrífugas,
que seduciendo a mi cónyuge
con los cantos de tu cítara,
vería a la dulce tórtola
transformada en una víbora!

Ramón. [Aparte con D. Narciso.]
¡Violante!

Narciso. ¡Yo estoy atonito!

- Boticario.* ¿Qué más hiciera Calígula?
Narciso. Se engaña usted. Otro cómplice...
Boticario. No. Oculto desde la víspera
en Madrid, hoy entro súbito
en casa, y prueba no equívoca
me han dado de vuestros crímenes
un madrigal y una epístola,
¡Oh Violante! Iluso y crédulo
te di confianza omnímoda...
¡y de Madrid me haces fábula,
mujer pecadora y frívola!
Mas desfogaré mi cólera
en mi rival, en mi antípoda...
Ramón. [A media voz.]
¡Otro duelo...!
Boticario. ¡A muerte!
Ramón. Es lástima...
Narciso. Pero, hombre, yo... (Santa Brígida,
¿quién es el duende maléfico
que...?)
Boticario. Mas el arma mortífera,
que a esta cuestión ponga límite
no será pistola horrisona
ni agudo estoque, no. ¡Cáspita!
de eso no entiendo una sílaba,
y no he de exponerme estúpido
a que una mano sacrílega
o me desbarate el tímpano
o me atraviere las vísceras.
Ramón. Pues ¿cómo...?
Boticario. [Sacando una cajita de cartón.]
Aquí traigo un *récipe*...

5. **Récipe.** 'Receta', 'remedio'; también en *Muérte ¡y verás!* y *Por no decir la verdad*.

En esta caja hay dos píldoras
que, aunque al parecer idénticas,
la una es mortal, la otra... insípida.

[*A D. Ramón abriendo la caja.*]

Usted dará a cada prójimo
una de estas dos partículas:
a quién le tocó el arsénico
pronto lo dirán los síntomas;
al que se libre del tósigo
válgame san Pedro Advíncula,
y al que muera de la pócima
que le recen una antífona.

Narciso. ¡Voto a briós, hombre ridículo...!

Boticario. ¿Cómo! Yo...

Ramón. ¿Reparto?

Narciso. [*Dando un manotón a la caja, que cae al suelo.*]
Tíralas

con doscientos...

Boticario. ¡Voto al chápiro...!

¿Para cuándo son las fístolas⁶?

¿Para cuándo las cantáridas⁷

sí...?

Narciso. Boticario de quínola⁸
tome usted la puerta, ¡rápido!
[*Amenazándole.*]

o le rompo una mandíbula.

Ramón. ¡Narciso!

Boticario. ¡Hum!...

Narciso. Estoy frenético.

Boticario. ¿Hay leyes en la Península,
señor?... ¡Invade mi tálamo

6. **Fístola.** Fístula.

7. **Cantáridas.** 'Ungüentos y emplastos'; voz también empleada en *Frenología y magnetismo*.

8. **De quínola.** Aquí significa 'extravagante'.

y menosprecia mi química!...
Bien, cedo a la fuerza bárbara,
pero ¡ay de ti!; que es fatídica
la saña de un farmacéutico
destilada en una jícara.
¡Infeliz! prepara el túmulo,
porque, lo juro con íntima
convicción, te veré exánime
antes que entre la canícula.

ESCENA XX.

D. NARCISO. D. RAMÓN.

Ramón. Es donoso el boticario.
[*Riéndose.*]
Ja, ja... Es ente original.
¿No te ríes?

Narciso. No, que estoy
para darme a Barrabás.
Uno tras otro... ¡Por vida...!

Ramón. Sí, es mucha casulidad.

Narciso. ¡Ramón! alguno me vende;
alguno me quiere mal.

Ramón. Bien puede ser que una intriga...
¡Oyes! ¿si te venderán
ellas mismas...?

Narciso. No, ninguna
de ellas sería capaz
de semejante traición.

Ramón. Con todo...

Narciso. ¡Dale! No hay tal.
¡Cuando yo lo digo!...

Ramón. Bueno.
(Si no existen, claro está.)

- Narciso.* Pero estoy desesperado,
porque esto no es natural
[Óyese la campanilla.]
- Ramón.* En efecto, que ellas vengan
a casa de su galán,
pase; pero ¡ellos también
colarse sin más ni más!...
- Narciso.* ¡Oh!...
- Ramón.* ¡Es un horror! No se ha escrito
para ellos el madrigal.

ESCENA XXI.

D. NARCISO. D. RAMÓN. PASCUAL.

- Pascual.* Un señor...
- Narciso.* ¿Eh? Vamos, esto
ya no se puede aguantar.
- Ramón.* ¿Otro marido?
- Narciso.* Otro diablo.
- Ramón.* El duque tal vez...
- Pascual.* No; ¡quia!
su aspecto...
- Narciso.* Sea quien fuere,
no recibo a nadie; ¿estás?
- Pascual.* Ya le he dicho que está usted
ocupado...
- Narciso.* ¿Y no se va?
- Pascual.* No, señor. Me ha respondido
con la mayor humildad,
esperaré... y se ha sentado.
Parece moro de paz⁹.

9. **Moro de paz.** fig. 'Persona que tiene disposiciones pacíficas y de quien nada hay que temer o recelar.' (*DRAE*).

Ramón. Es forzoso recibirle...
Narciso. ¡Otra escena!... Basta ya...
Ramón. Si no la tienes aquí
la tendrás en el portal,
y es peor.
Narciso. Bien, ¡acabemos!
[*Vase Pascual.*]
(Estoy sudando alquitrán.)

ESCENA XXII.

D. NARCISO. D. RAMÓN. UN QUÍDAM.

Quídam. [*Haciendo muchas cortesías.*]
Caballeros, beso a ustedes...
Sentiría incomodar.
Ramón. Nada de eso.
Quídam. ¿El caballero
don Narciso Amorós...?
Narciso. [*Con sequedad.*] ¿Qué hay?
Quídam. Venía a pedir a usted...
Narciso. ¿Eh? ¿Qué?
Quídam. ¡Un favor especial!
Narciso. Disimule usted; no estoy
para gracias.
Ramón. [*En voz baja.*]
¡Hombre!
Quídam. ¡Bah!
No puedo creer que un joven
de cuya amabilidad
se hace lenguas todo el mundo
solo se quiera estrellar
conmigo.
Narciso. Usted se equivoca:
yo no soy amable.

- Quídam.* ¡Ay!...
demasiado. Que lo diga,
si no, mi cara mitad.
- Ramón.* ¿No lo dije?
- Narciso.* ¡Caballero!
- Quídam.* No se altere usted. Quizá
piensa que vengo a retarle
con desesperado afán...
No, señor; yo soy filósofo.
Si nací en signo fatal,
paciencia; a muchos aflige
la misma calamidad.
- Ramón.* [*Aparte con D. Narciso.*]
¡Estoica resignación!)
- Narciso.* Pues mira, me irrita más
que el grotesco boticario
y el furioso capitán.
- Quídam.* Estas cosas tanto tienen
de dulce como de agraz
para el hombre que las mire
como se deben mirar.
¡Qué diablo!... Si prescindimos
un poco del qué dirán,
como tantos ciudadanos
de esta heroica capital,
los tres seremos dichosos;
ella con su dulce imán,
usted con su prenda amada
y yo con mi libertad.
Para eso no es necesario
acudir a un tribunal,
adonde envíe taquígrafos
algún diario procaz
que a mi costa se provean
de sabroso material.

¡Nada! Que se instale aquí
mi mujer...

Narciso. ¡Quite usted allá!...

Ramón. Tiene razón.

Quídam. Pues claro.

Ya ve usted, no es regular
que a usted le dé el corazón
y que a mí me coma el pan.
Lo dicho: desde mañana
usted me la mantendrá.

Narciso. Pues ¡me gusta la llaneza!...

¿Quién es este hombre inmoral?

Quídam. ¡Ay! no lo sé todavía.—

Pero usted me lo dirá.

Narciso. ¿Cómo!... Usted se está burlando...

Quídam. Le digo a usted la verdad.

Yo soy una de las víctimas
que usted con fiera crueldad,
hijo mimado de Venus,
inmola en su sacro altar;
mas de todo punto ignoro
mi nombre y mi calidad.

Narciso. ¿Sabe usted que ya estoy frito...?

Ramón. [*Con sonrisa maligna.*]

No consta en el madrigal.

[*Se acerca al balcón y hace señas con el pañuelo.*]

Narciso. ¿Eh? (También Ramón... Sospecho...)

Quídam. Sí, yo soy una entidad

incógnita, un acertijo
en figura corporal,
un *quídam*; y humanamente
no me puedo empadronar,
con riesgo de que me prenda
por vago la autoridad,

mientras usted no me diga
que soy... fulano de tal.
Ramón. Por Dios, sácale de dudas.
Narciso. Lo que yo le he de sacar
es el alma...
Quídam. ¡Ah! ¿no te basta
la de aquella ingrata...?
Ramón. ¿Cuál?
¿O también ignora usted
su nombre...?

ESCENA XXIII.

D. NARCISO. D. RAMÓN. EL QUÍDAM. JUANA.

Juana. Ya estoy acá
otra vez.
[*Presentando a D. Narciso el último billete.*]
Esos jacintos...
Quídam. ¡Ah! sí, Jacinta; cabal.
[*D. Ramón suelta la carcajada. El Quídam y Juana
no pueden menos de seguir su ejemplo. Don Narciso
cae como desplomado sobre una butaca.*]
Narciso. ¡Ah! comprendo... ¡Maldición!...
Pero esto es asesinar
a un hombre...
Ramón. No; es una broma.
Narciso. Tú me has vendido, falaz
ramilletera.
Juana. ¡Calunia!
Flores vendo y nada más.
No he dicho esta boca es mía,
pero el señor es sagaz
y lo que yo no le he dicho
lo ha sabido adivinar;
y me ha dado una cartita,

y yo que soy servicial
le he servido de estafeta
dejándome el viento atrás.
¿Y por qué no? Usté me paga
un duro..., menos un rial,
por cada vieja, y le traigo
lindas flores ainda mais¹⁰;
y el otro en vez de tomarlas
me las echa, ¡y con qué sal!,
y por un solo recado
un doblón de oro me da.
¿Podía yo imaginarme
que usté lo tomase a mal?
Páguela usté con su amigo
que es el que le hace rabiar;
¿verdá? Conmigo ¿por qué?—
Pero lo mejor será
aguantarse y sonsoniche
y pelillos a la mar.

ESCENA ÚLTIMA.

D. NARCISO. D. RAMÓN. EL QUÍDAM.

Narciso. [Levantándose.]
¡Tal burla a mí! ¡tal afrenta!...
Me darás satisfacción.
Ramón. ¿Aún quieres más lección?
Narciso. Yo te la daré, y sangrienta.
Ramón. Tu voluntad es la mía:
vamos a batirnos y arda

10. **Ainda mais.** 'Además', 'aún más', 'todavía más'. Bretón sólo utiliza esta expresión (de procedencia portuguesa o gallega), pero no es difícil encontrarla en la literatura de la época; así en Mesonero, Larra, Fernán Caballero (en *Clemencia*) o Galdós (*Tormento*).

- Troya... Pero, oyes, te aguarda
don León Fuenterrabía.
- Narciso.* Para todos tengo bríos.
- Ramón.* ¡Qué! ¿tampoco te intimidan
el boticario y el *quídam*?
- Quídam.* ¡Gran Dios, cuatro desafíos!...
- Ramón.* Uno solo que en la lid
sanguinaria sobreviva
a tu furia vengativa,
te hará escarnio de Madrid.
- Narciso.* Sí; y con cruel regodeo
quizá alguno de los tres
cuenta ya por los cafés
el conflicto en que me veo.
- Ramón.* Y ¿quién sabe si mañana
se solazará la villa
con alguna gacetilla
en que te carden la lana?
- Narciso.* ¡Ah! me estremezco...
[*En tono suplicante.*]
- ¡Ramón!....
- Ramón.* Quien ha burlado a un amigo
es digno de igual castigo.
- Quídam.* Sí; la pena del Talión.
- Ramón.* Mas tal vez no pagarás
tan caros tus ramilletes
si por tu honor me prometes...
- Narciso.* ¡Ah! sí, sí, ¡no lo haré más!...
Mira, comeremos juntos,
si por tus amigos sales,
los cinco...
- Ramón.* Tus tres rivales
callarán como difuntos.—
Pero el casero nefasto
dejó tu bolsa vacía,

y pues llena está la mía
corre de mi cuenta el gasto.

Narciso. No consiento...

Ramón. ¡Eh! ¿por qué no?

Mi propuesta no es extraña.
También tengo en la maraña
mi parte de culpa yo.
Si, halagando tus sentidos
con quiméricos placeres,
tú inventaste las mujeres,
yo he forjado los maridos.

Quídam. Eso me suena a epigrama.

Narciso. Lo merezco aunque me pica.

Ramón. Si es un necio el que publica
los favores de su dama,
¿qué será...? Mas tu talento
sacará, sin más sermón,
de esta severa lección
un saludable escarmiento.

